

ISAAC ASIMOV Y
ROBERT SILVERBERG

HIJO DEL TIEMPO



Cuarenta mil años antes de nuestra era, los hombres de neandertal se enfrentan violentamente con un grupo rival por la posesión de un santuario. Para propiciar la protección de la Diosa, se disponen a sacrificar un niño, pero este desaparece misteriosamente... En el presente, un grupo de científicos dirigidos por el doctor Hoskins elabora un audaz proyecto para transportar materia del pasado al presente. Después de conseguirlo con una cría de dinosaurio, retroceden hasta cuarenta mil años y logran transportar un niño neandertal.

Edith Fellowes, una enfermera especializada, es asignada al cuidado del niño. Sin embargo, una serie de dramáticos acontecimientos hace que ambos se vean obligados a huir hacia el pasado, precisamente cuarenta mil años atrás... *Hijo del Tiempo*, una de las novelas más fascinantes surgida de la fecunda colaboración entre dos maestros de la ficción científica, plantea la posibilidad nada remota de viajes en el tiempo y el consiguiente choque de culturas que se derivaría de hecho tan asombroso.

Esta novela es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con sucesos, situaciones o personajes reales, vivos o muertos, sería pura coincidencia.

Para Martin y Harry Greenberg,
con una doble medida de afecto

Y, solo en la oscuridad del castillo de proa dormido, parecía más grande, colosal, muy viejo; viejo como el propio padre Tiempo, que se hubiera acercado a este lugar con el sigilo de un sepulcro para contemplar con ojos pacientes la corta victoria del sueño, el consolador. Sin embargo, no era más que un hijo del tiempo, solitaria reliquia de una generación devorada y olvidada...

Joseph Conrad, El negro del Narcissus

Prólogo

NUBE DE PLATA

Una fina capa de nieve, tenue como la niebla, se había posado durante la noche, transportada por el viento del oeste. Debía de venir de muy lejos. Aún conservaba el olor del mar, que se elevaba de la vasta y desértica tundra a medida que el calor de la mañana obraba su efecto.

Nube De Plata había visto el mar en una ocasión, mucho tiempo atrás, cuando era niño y el Pueblo todavía cazaba en las tierras del oeste. El mar era inmenso, oscuro y turbulento, y según cómo lo bañaba la luz del sol, brillaba como un extraño fuego líquido. Jamás volvería a verlo, y lo sabía. Las tierras que bordeaban el mar se hallaban ahora en poder de los Otros, y el Pueblo estaba en retirada. Cada año se acercaba más y más al lugar donde nacía el sol. Y aunque los Otros desaparecieran tan repentinamente como habían llegado. Nube De Plata comprendía que no existía la menor esperanza de regresar al territorio de la costa. Era demasiado viejo, demasiado débil; su fin estaba próximo. La tribu tardaría la mitad de una vida, tal vez más, en volver sobre los pasos de su camino hacia el este. A Nube De Plata no le quedaba la mitad de una vida. Dos o tres años, con suerte; eso era lo más probable.

Pero no lo sentía. Ya había visto el mar una vez, y ningún miembro de la tribu podía decir lo mismo. Nunca olvidaría su olor, la magnitud de su fuerza. Ahora, estaba erguido sobre la elevación que dominaba el campamento, y contemplaba la sorprendente perspectiva de las llanuras nevadas. Aspiró una profunda bocanada de aire y dejó que el aroma a almizcle del mar se elevara hasta él, mezclado con el vapor que se desprendía de la nieve fundida. Por un momento volvió a sentirse joven.

Sólo un momento.

—Anoche, cuando acampamos, no mencionaste nada sobre la nieve, Nube De Plata —dijo una voz a sus espaldas.

Era la voz de La Que Sabe. ¿Por qué lo había seguido hasta allí? Había subido para estar solo en el silencio del amanecer. Y era la última persona por la que deseaba ser molestado en ese momento íntimo.

Lentamente, Nube De Plata se volvió.

—¿Acaso es la nieve algo tan insólito que debo anunciar siempre su llegada?

—Estamos en la quinta semana del verano, Nube De Plata.

El anciano se encogió de hombros.

—También puede nevar en verano, mujer.

—¿En la quinta semana?

—En cualquier semana. Recuerdo veranos en que la nieve no cesaba de caer, día tras día. Se veía el sol radiante del verano brillar tras las nubes, pero la nieve seguía cayendo. Y eso ocurría en las tierras del oeste, donde los veranos son más cálidos que aquí.

—Eso fue hace mucho tiempo, antes de que yo naciera. Dicen que los veranos son mejores en todas partes, y parece que es verdad. Deberías avisarnos cada vez que vaya a nevar. Nube De Plata.

—¿Tanto ha nevado? Apenas se ha formado una capa delgada, La Que Sabe.

—Podríamos haber sacado las mantas.

—¿Por tan poca nieve?

—Sí. A nadie le gusta despertarse con la cara cubierta de nieve. Tendrías que habérselo dicho.

—No me pareció importante —contestó Nube De Plata, irritado.

—De todos modos, tendrías que habérselo dicho. A menos que ignoraras su llegada.

La Que Sabe le dirigió una larga mirada hostil, henchida de malicia. A medida que envejecía, se iba convirtiendo en una mujer muy importuna, pensó Nube De Plata. Recordaba la época en que era la hermosa y esbelta joven Río Turbulento, con cascadas de espeso cabello oscuro y pechos como melones. Todos los hombres de la tribu la deseaban, y él también, no podía negarlo. Sin embargo, ahora había sobrepasado su trigésimo invierno, su cabello había encanecido, sus pechos colgaban flácidos, los hombres ya no la miraban con deseo, y había cambiado su nombre por La Que Sabe, y se daba aires de sabiduría, como si la Diosa hubiera penetrado en su alma.

La miró.

—Sabía que iba a nevar, pero también sabía que no valía la pena mencionarlo. Sentí la nieve en el muslo, donde me hirieron hace mucho tiempo, donde siempre siento la llegada de la nieve.

—Me pregunto si dices la verdad.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—De haber sabido que iba a nevar, nos lo hubieras dicho. Te habría gustado ponerte una manta encima tanto como a cualquiera. Aún más, me parece.

—Pues mátame —dijo Nube De Plata—. Lo admito todo. No sentí que iba a nevar. Por lo tanto, no di el aviso y te has despertado con la nieve en la cara. Es un pecado terrible. Llama a la Sociedad de Ejecutores, ordena que me conduzcan detrás de la colina y que me golpeen doce veces con el garrote de marfil. ¿Crees que me importaría, La

Que Sabe? He visto cuarenta inviernos y algunos más. Soy muy viejo y estoy muy cansado. Si quisieras gobernar a la tribu durante un tiempo, me complacería mucho apartarme de tu camino y...

—Por favor, Nube De Plata.

—Es verdad, ¿no? Día a día crece la sabiduría en tu interior, en tanto yo me limito a envejecer. Ocupa mi lugar. Ten.

—Se quitó con brusquedad el manto de piel de oso propio de su cargo y se lo arrojó a la cara—. ¡Vamos, cógelo! Y el gorro de plumas, la vara de marfil y todo lo demás. Bajaremos y lo anunciaremos a todo el mundo. Mi tiempo ha terminado. Ahora, tú eres el jefe. ¡La tribu es tuya!

—Te comportas como un tonto. Y además, no eres sincero. El día que renuncies al gorro de plumas y a la vara de marfil será el día que te encontremos tendido en el suelo, frío y rígido, ni un momento antes. —Le devolvió el manto—. Ahórrame tus gestos majestuosos. No tengo el menor deseo de ocupar tu lugar, ni ahora ni cuando mueras, y tú lo sabes.

—Entonces, ¿por qué has subido a molestarme a causa de esta ridícula nevada?

—Porque es la quinta semana del verano.

—¿Y qué? Ya hemos hablado de eso. La nieve puede caer en cualquier época del año, y no hace falta que yo te lo diga.

—He mirado los bastones del recuerdo. No nevaba en esta época del año desde que era pequeña.

—¿Has mirado los bastones del recuerdo? —preguntó Nube De Plata, asombrado—. ¿Quieres decir esta mañana?

—¿Cuándo, si no? Desperté, vi la nieve y me asusté. Fui a ver a Guardiania Del Pasado y le pedí que me enseñara los bastones. Los examinamos juntas. Hace diecisiete años, nevó en la quinta semana del verano. Desde entonces no había vuelto a suceder. ¿Sabes lo que ocurrió aquel verano? Seis miembros de nuestro pueblo murieron en la caza

de rinocerontes, y cuatro en una estampida de mamut. Diez muertos en un sólo verano.

—¿Qué intentas decirme, La Que Sabe?

—No intento decirte nada. Te pregunto si crees que esta nevada es un presagio.

—Creo que la nieve es nieve. Nada más.

—¿No crees que la Diosa sé ha enfadado con nosotros?

—Pregúntalo a la Diosa, no a mí. Últimamente, la Diosa no habla mucho conmigo.

La Que Sabe hizo una mueca de exasperación.

—No seas frívolo, Nube De Plata. ¿Y si esta nieve significa que un peligro nos acecha?

—Escucha —dijo el hombre, abarcando con un gesto el valle y las llanuras—. ¿Ves algún peligro? Yo veo un poco de nieve, sí. Muy poco. Y también veo al Pueblo despierto y sonriente, entregado a sus quehaceres, iniciando otro día estupendo. Eso es lo que veo, La Que Sabe. Si tú ves la cólera de la Diosa, enséñamela.

La verdad, todo parecía maravillosamente tranquilo. En el campamento principal, las mujeres y las muchachas preparaban la hoguera matutina. Los chicos demasiado jóvenes para ir a cazar merodeaban por las cercanías, y removían la fina capa de nieve, en busca de briznas de hierba seca que pudieran utilizarse como combustible. A la izquierda, en el territorio de las Madres, observó que los bebés recibían su desayuno. Allí estaba Fuente de Leche, aquella mujer inagotable, con un niño en cada pecho, mientras Aguas Profundas, que había reunido a los niños en un corro, se detenía para consolar al pequeño Rostro De Fuego Celestial, que se había caído y arañado una rodilla. Detrás del territorio de las Madres, las tres Mujeres Divinas habían erigido un túmulo de piedras para rendir culto a Ella, y estaban muy ocupadas: una de las sacerdotisas depositaba una ofrenda de bayas, otra derramaba la sangre del lobo matado el día anterior sobre la piedra de los sacrificios, y la tercera encendía el fuego. Al otro lado. Jinete

De Mamut había dispuesto su taller y ya estaba fabricando espadas de pedernal, que todavía ejecutaba con perfecta destreza pese a la parálisis que se iba apoderando poco a poco de sus miembros. Detrás de él se sentaban Bailarina de la Luna y una de sus hijas, dedicada a su tarea habitual de masticar pellejos para reblanecerlos y poder convertirlos en capas. Y a lo lejos, en el horizonte, Nube De Plata divisó a los hombres de la Sociedad de Cazadores desplegados sobre la tundra, con las lanzas y los venablos dispuestos. Aún se veía la larga línea irregular de sus pisadas, como una escueta sugerencia de su paso. Los oscuros contornos de los talones y los dedos de los pies extendidos avanzaban desde el campamento y se adentraban en la nieve, que se iba fundiendo con rapidez.

Todo parecía tranquilo, sí. Todo parecía normal y cotidiano. Un nuevo día amanecía en la vida del Pueblo, que era tan viejo como el tiempo y perduraría hasta el fin de los días. ¿Por qué ocasionaba tantas preocupaciones una pequeña nevada de verano? La vida era dura; la nieve era algo habitual y siempre lo sería, todo el año; la diosa jamás había prometido a nadie que el verano se vería libre de la nieve, pese a que en los últimos años había sido muy benévola en ese sentido.

De todos modos, era extraño que la noche anterior no hubiera sentido su llegada. ¿O tal vez sí, pero no había prestado suficiente atención? Aquéllos eran días de numerosos dolores y quebrantos, y cada vez resultaba más difícil interpretar cada uno.

No obstante, todo parecía ir bien.

—Voy a bajar —dijo a La Que Sabe—. Sólo he subido para pasar un rato a solas, pero ya veo que no puede ser.

—Deja que te ayude.

Nube De Plata apartó con brusquedad la mano que la mujer había extendido hacia él.

—¿Te parezco un tullido, mujer? ¡Ten las manos quietas!

La mujer se encogió de hombros, indiferente.

—Como quieras, Nube De Plata.

Pero el descenso fue arduo y peligroso, porque la fina capa de nieve casi fundida ocultaba a la vista pequeñas rocas traicioneras, sobre cuya superficie resbalaban sus pies. Antes de haber dado diez pasos, Nube De Plata deseó haberse tragado el orgullo y aceptado la oferta de La Que Sabe. Pero era imposible. A nadie le importaba que cojera un poco, pero si empezaba a necesitar ayuda para bajar una pendiente suave como aquélla, no tardarían en pensar que había llegado el momento de ayudarle a encontrar su descanso final. Se reverenciaba a los ancianos, sí, pero sólo se les podía mimar hasta cierto punto. En sus tiempos había ayudado a otros ancianos a encontrar su descanso final, y era muy triste excavar nidos en la nieve para ellos, así como quedarse de pie a su lado hasta que el frío les conducía al sueño eterno. No deseaba tal ayuda. Su momento llegaría cuando fuera, pero ni una hora antes. En cualquier caso, ya faltaba poco.

Jadeaba algo cuando llegó al pie de la colina, acalorado y empapado de sudor bajo su capa de espesa piel gris, pero el descenso no había sido tan malo. Aún era lo bastante fuerte para resistir.

Su nariz percibió olores de comida. Las carcajadas de los niños y el llanto agudo de los bebés estremecían el aire. El sol se alzaba con gran rapidez. Una sensación de bienestar invadió su alma.

Dentro de tres días se celebraría la Fiesta de Verano. Tendría que bailar en el círculo, sacrificar a un toro joven y embadurnar con su sangre a la virgen elegida. Después la conduciría a un lugar apartado y yacería con ella, para garantizar el éxito de la caza otoñal. A medida que se acercaba la Fiesta, aumentaba la inquietud de Nube De Plata. Pensaba que su cojera le impediría ejecutar bien la danza, que se mostraría torpe a la hora de sacrificar al toro, como había sucedido en el caso de otros jefes ancianos, y en cuanto a yacer con la virgen, tampoco estaba muy seguro.

Pero el calor de la mañana disipó todos sus temores. La Que Sabe se estaba convirtiendo en una vieja chocha. La nieve no significaba nada. ¡Nada! El día era hermoso y claro. Un glorioso día de verano aguardaba al Pueblo, y el calor no cesaba de aumentar.

Era una pena que la Fiesta de Verano no se celebrara hoy, pensó Nube De Plata. Ahora que su espíritu estaba exultante, ahora que su cuerpo experimentaba, al menos de momento, una pequeña oleada de renovado vigor. El baile, el toro, la virgen...

—¡Nube De Plata! ¡Nube De Plata!

Voces roncadas sin aliento, jadeos exhaustos, procedentes de los campos, más allá de donde las Mujeres Divinas procedían a sus ritos.

¿Qué ocurría? ¿Por qué regresaban tan pronto los cazadores, y con tanta prisa?

Se protegió los ojos con las manos y miró en la dirección del sol. Sí, eran Árbol De Lobos y Montaña Rota, que corrían hacia el campamento con toda la celeridad de sus piernas, sin dejar de gritar su nombre. Árbol De Lobos agitaba su lanza frenéticamente, como si hubiera enloquecido. Montaña Rota, al parecer, no portaba su arma.

Entraron tambaleantes en el campamento y prácticamente cayeron a los pies de Nube De Plata. Resoplaron, gimieron, lucharon por recuperar el resuello. Eran dos de los hombres más fuertes y veloces, pero debían de haber corrido sin parar desde los terrenos de caza y se encontraban al límite de su resistencia.

Nube De Plata experimentó una gran inquietud que borró aquel brevísimo momento de paz y felicidad.

—¿Qué pasa? —preguntó, sin darles tiempo de recuperar el aliento—. ¿Por qué habéis vuelto tan pronto?

Montaña Rota señaló hacia atrás. Su brazo temblaba como el de un anciano. Sus dientes castañeteaban.

—¡Otros! —exclamó.

—¿Cómo? ¿Dónde?

Montaña Rota meneó la cabeza. Ya no le quedaban fuerzas para hablar.

—Nosotros... —dijo Árbol De Lobos con un gran esfuerzo— no... les... vimos. Sólo sus huellas.

—En la nieve.

—Sí, en la nieve.

Árbol De Lobos estaba de rodillas, con la cabeza echada hacia atrás. Las convulsiones sacudían su cuerpo desde los hombros hasta la cintura. Al cabo de un momento pudo volver a hablar.

—Sus pisadas. Sus pies largos y estrechos. Así. —Dibujó en el aire la forma de un pie—. Otros. No hay duda.

—¿Cuántos?

Árbol De Lobos meneó la cabeza. Cerró los ojos.

—Muchos —dijo Montaña Rota, Levantó ambas manos y flexionó todos los dedos, una y otra vez—. Más que nosotros. Dos, tres, cuatro veces más. Marchan de sur a norte.

—Y un poco al oeste —añadió Árbol de Lobos.

—¿Quieres decir hacia nosotros?

—Tal vez. No estoy... seguro.

—Creo que hacia nosotros —confirmó Montaña Rota—. O nosotros hacia ellos. Si no vamos con cuidado, iremos directamente a su encuentro.

—¿Otros aquí? —dijo Nube De Plata, como si hablara para sí—. No les gustan los espacios abiertos. Éste no es su tipo de país. Aquí no hay nada para ellos. Tendrían que haberse quedado cerca del mar. ¿Estáis seguros respecto a las pisadas, Árbol De Lobos, Montaña Rota?

Ambos asintieron.

—Están cruzando nuestro sendero, pero no creo que vengan hacia nosotros —dijo Árbol De Lobos.

—Yo creo que sí —replicó Montaña Rota.

—Creo que no saben que estamos aquí.

—Yo creo que sí —insistió Montaña Rota.

Nube De Plata se llevó las manos a la cara y se tiró de la barba con fuerza, hasta que le dolió. Desvió la mirada hacia

el este, como pensando que si se esforzaba podría divisar al grupo de Otros, avanzando por la senda que su pueblo pretendía tomar. Sólo vio el resplandor de la mañana.

Después se volvió y sus ojos se encontraron con los de La Que Sabe.

Esperaba que le estaría mirando con aires de superioridad. Al fin y al cabo, la inesperada nevada de verano había sido un mal presagio, ¿no? Y no sólo había sido incapaz de presentir su llegada, sino que también había malinterpretado por completo su horroroso significado. «Te lo dije —serían las siguientes palabras de La Que Sabe—. Tenemos graves problemas y tú ya no estás capacitado para ser nuestro jefe».

Sin embargo, quedó asombrado al no advertir satisfacción en la expresión de La Que Sabe. La pena ensombrecía su rostro, y silenciosas lágrimas resbalaban sobre sus mejillas.

Extendió la mano hacia él, casi con ternura.

—Nube De Plata... —susurró—. Oh, Nube De Plata.

«No sólo está llorando por ella —pensó Nube De Plata—, o por el peligro que corre la tribu. Está llorando por mí», comprendió con estupor.

Capítulo I

AMAR

Edith Fellowes alisó su mono de trabajo, como siempre hacía antes de abrir aquella puerta de cerradura tan complicada, y atravesó la línea divisoria invisible entre el ser y el no ser. Llevaba su cuaderno y su pluma, aunque ya no tomaba notas, excepto cuando necesitaba imperiosamente redactar un informe.

Esta vez, también llevaba una maleta. («Unos juegos para el chico», había explicado con una sonrisa al guardia, quien había dejado incluso de pensar en hacerle preguntas mucho tiempo atrás, y que la saludaba alegremente cada vez que atravesaba la barrera de seguridad).

Y, como siempre, el niño feo supo que ella había penetrado en su mundo particular, y corrió hacia ella.

—Señorita Fellowes, señorita Fellowes —gritaba con aquella curiosa pronunciación.

—Timmie —dijo Edith, y acarició el cabello castaño de su cabecita de extraña forma.

—¿Dónde está Jerry? —preguntó el niño—. ¿Vendrá a jugar conmigo hoy?

—Hoy no.

—Lamento lo ocurrido.

—Lo sé, Timmie.

—¿Y Jerry...?

—No te preocupes ahora por Jerry, Timmie. ¿Por eso has llorado? ¿Porque echas de menos a Jerry?

El niño apartó la vista.

—No sólo por eso, señorita Fellowes. He vuelto a soñar.

—¿El mismo sueño?

La señorita Fellowes apretó los dientes. El problema con Jerry había resucitado el sueño, por supuesto.

Timmie asintió.

—Sí, el mismo sueño.

—¿Ha sido muy malo esta vez?

—Sí, malo. Yo estaba... fuera. Había muchos niños. Jerry también estaba. Todos me miraban. Algunos se reían, algunos me señalaban con el dedo y hacían muecas, pero otros eran amables conmigo. Decían: «Ven, ven, tú puedes hacerlo, Timmie. Un paso cada vez. Sigue andando y quedarás libre». Y yo lo hice. Salí de aquí. Y dije: «Ahora venid a jugar conmigo», pero todos se pusieron a oscilar y ya no les vi más, y empecé a resbalar hacia atrás, hacia aquí. No pude detenerme, me deslicé hacia atrás y un muro negro me rodeó, y no podía moverme, estaba clavado en el suelo, estaba...

—Es terrible. Lo siento, Timmie, de verdad.

Reveló sus dientes demasiado grandes cuando trató de sonreír, y sus labios se abrieron hasta que su boca pareció sobresalir de su cara más de lo habitual.

—¿Cuándo seré lo bastante mayor para salir de aquí, señorita Fellowes? Me refiero a salir de verdad, no sólo en sueños.

—Pronto —dijo la mujer en voz baja, con el corazón roto—. Pronto.

La señorita Fellowes dejó que el niño cogiera su mano. La deleitaba el cálido contacto de la gruesa piel reseca de la palma que se apretaba contra la suya. La arrastró a través de las tres habitaciones que constituían la Sección Uno Estasis; muy cómodas, ciertamente, pero una eterna prisión